

LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.



Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Suspiros (poesía), por don Antonio Fernandez Grilo.—Juegos de niños: El aro, por P.—Clemencia (continuacion), por doña Joaquina G. Balmaseda.—Cuentos infantiles, por doña Micaela de Silva.—**GRABADO:** *El Aro*.

EDUCACION É INSTRUCCION.

AMOR DE LO BELLO.—EL ÓRDEN.



Si el sentimiento de lo bello no fuese particular en la mujer, habria siempre una necesidad grande de desenvolverle por la educacion, para que desde niñas le fueran comprendiendo. Llamadas, como hemos dicho repetidas veces, á embellecerlo todo, deben tener el presentimiento de lo que cada objeto, cada situacion, cada afeccion puede ofrecer por sus atractivos y agrado. En ello está el secreto de la ventura que reproducen, y de su encanto; y aunque esto no le comprendan en toda su estension en la niñez, bástales saber que interesa á su suerte y á su porvenir, para que no descuiden cuanto con referencia á este asunto se les diga.

Sin embargo, la vanidad, la frivolidad, pasan por ejercer tan grande imperio en su sexo, que parece propósito deliberado cultivar apenas el amor de lo bello, y esto puede ser hasta el efecto de su desprecio.

El placer de admirar, ó en otros términos, el sentimiento de lo bello, no tiene relacion con la vanidad: es solamente el placer de ser uno admirado el que la pone en juego. Lo mismo que hemos visto con respecto á la sensibilidad, se considera frecuentemente lo que la mujer, y aun la niña, quieren inspirar por lo mismo que ellas sienten. Las que son impulsadas por la vanidad se lisonjean de ser miradas mas que de mirar. La mayor parte de esas brillantes bagatelas que escitan en ellas tantos deseos,

2.^a ÉPOCA.

cesarian de interesarles en la soledad: el brillo que de ellas esperan les da todo el precio.

Pensando así las niñas, el sentimiento de lo bello, puro, elevado, desinteresado por su naturaleza, les es extraño; y esto es lo que deben evitar y combatir, y aficionarse á los objetos dignos de admiracion, uniendo sobre todo el amor de Dios, que es el amor de la belleza primera, y aunque no sea ninguno de los móviles humanos que responden mas precisamente á lo que desean las niñas, á lo que aspire la mujer, es al menos para todas un útil preservativo. Mejor y mas vivo que el razonamiento, advierte todo lo que es desmedido, y produce una repugnancia natural hácia lo falso y lo exagerado, y reprueba el exceso hasta en las cualidades que se despliegan de una manera desagradable.

Indudablemente que hay pocas virtudes cuyo ejercicio no exija un fondo de energia en el carácter, y este es siempre un punto en el cual deben detenerse las niñas. La idea del deber tiene algo de muy absoluto para encontrar en ella misma su justo límite. Aplicándola á la economía, á la exatitud, se podrá ir hasta las pequeñeces y hasta la avaricia: la prudencia podrá convertirse en pusilanimidad si el gusto de lo bello no advirtiese á tiempo á la mujer. Ese gusto le da el tacto de conocer lo que seria ridículo, lo que podria destruir este ideal de gracia y dignidad que le ha hecho concebir. Es el bien parecer el conjunto de esas observaciones delicadas que crean el temor de desagradar.

A esta influencia represiva, se añade un sentimiento mas poderoso aun. Como el sentimiento de lo bello es el alma de las bellas artes, estiende la inspiracion sobre la vida entera y la organiza armoniosamente. La elegancia del lenguaje, la de las maneras, la necesidad de convenir con los demás, aun elevándolos sobre el nivel acostumbrado, el gusto de las proporciones justas en todas las cosas, tales son los dones que acompañan al génio de las artes y ese sentimiento de lo bello que de las artes deriva; pero de-

be ser unido á principios sólidos para que puedan esperarse tales beneficios.

Para desenvolverle bien puro de vanidad, importa ofrecer desde luego á la admiracion de las niñas muchos de esos preciosos objetos que la naturaleza nos presenta á cada instante. Que reparen toda la regularidad que despliegan, y aprendan así á mirar el orden como un elemento de la belleza: que noten cual simetria, cual maravillosa ostentacion de formas y de colores presentan esos pájaros, esas mariposas cuyo aspecto encanta. Cada ala, cada lado corresponde exactamente al otro; en todo paridad entera, el mismo dibujo trastornado como se vé en los arabescos.

Las flores, tan amadas de las niñas, ofrecen á la contemplacion no menos encantos, y miradas de frente, de lado, de alto á bajo, no se vé en todas partes mas que simetria, belleza y encanto. La misma observacion ofrece la figura humana, la obra mas perfecta de la creacion, la de los animales, y hasta los objetos de arte donde la necesidad de la belleza conduce á una disposicion semejante.

Cuando el profesor ó profesora emiten estas ideas, que las desenvuelva la discípula, que obre por sí, que levante los ojos al cielo y vea en los astros resplandecientes toda la magnificencia del orden; que observe la salida y desaparicion del sol á horas regladas; que la sucesion de las estaciones, y por consecuencia la de las recolecciones, son una prueba de que la subsistencia de todo lo que respira está sujeto al orden. Así comprenderá que este orden material, tan necesario á la vida, no existiria sin el orden moral; que en todo lo que los deseos inmoderados rehúsen someterse á la regla, se experimentará como consecuencia la miseria, que viene en las naciones por la guerra ó la anarquía, y en las casas, aun las mas acomodadas, por la intemperancia, por la locura ó por la prodigalidad: siempre por la falta de orden.

Vea así la niña en todas partes una ley del Creador para observar el orden, ley justa, ley necesaria, á la cual los astros, la tierra, los animales y las plantas obedecen sin saberlo, y el hombre esclarecido de una luz directa, ha recibido de la palabra de Dios.

Entonces para dar á estos grandes pensamientos su aplicacion, comprendan las niñas que cada uno tiene sobre la tierra una mision de orden: que hasta la niña tiene la suya, y se extiende sobre todo lo que la está confiado; que debe tener en orden su persona, sus vestidos, los pequeños muebles de su uso, su cuarto, en fin, y que estos cuidados diversos, tan minuciosos en apariencia, se convierten en deberes esenciales y en exacto cumplimiento de la voluntad de Dios.

A. PIRALA.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

XIV.

De Leonor á Adela.

¿Me preguntas porqué estoy triste, Adela? ¡Ah, pregúntale á la naturaleza porqué llora cuando el cierzo la despoja de sus galas! pregúntale al ruiseñor porqué trueca sus trinos en lamentos, cuando la tempestad desgaja de raíz el antiguo árbol que sostenia su nido!

Mis ilusiones han muerto: la fé y la esperanza han desaparecido de mi corazon; ya no espero, no deseo, y por lo tanto carezco de vida y pensamiento.

El sueño que me hacía feliz se ha disipado como todos los sueños, al primer albor de la mañana; la dicha de mi alma ha concluido pronto, como concluyen todas las dichas de la tierra...

Yo no queria hablarte de esto, porque la herida de mi corazon brota sangre todavia: tú lo quieres, obedezco.

Aquel sér que en mi juvenil entusiasmo me complacia en revestir de todos los encantos, de todas las virtudes, es un sér indigno de aspirar el incienso que yo quemaba á sus plantas.

El desengaño ha sido grande, y dos palabras bastarán para hacerte comprender mi desencanto.

Leopoldo vino á vernos. No sé por qué de algun tiempo á esta parte viene á vernos con mas frecuencia.

La tarde aunque fria estaba deliciosa, y mi tio se empeñó en que bajáramos al jardin para enseñarle una camelia blanca y encarnada que acababa de comprar.

Luego entramos los tres en el cenador, desnudo de follaje, pero adornado aun con guirnaldas de rosas de todo el año, y mientras hablábamos, mi vecina se asomó á la ventana.

Leopoldo cambió con ella un amistoso saludo: la jóven se retiró.

—La conoce Vd? pregunté á Leopoldo sin poderme dominar.

Y mucho que la conozco, respondió éste, y mucho que la quiero! Es de mi mismo pueblo, y juntos hemos participado de los apacibles juegos de la infancia; porque ya sabe Vd. que en esa dichosa edad no se tienen en cuenta las diferencias de clase y posicion.

Leopoldo articuló una de estas últimas palabras, fijando en mí los ojos.

Yo me turbé.

— ¡Pues me parece muy fina y que tiene unos

modales distinguidos! balbucée tratando de adivinar su pensamiento.

—¡ Oh, sí, respondió vivamente Leopoldo; Rita vale un tesoro, y sería digna de casarse con un Rey, pero su hermano....

Se detuvo y me miró....

Yo me puse encendida y no tuve valor para dirigirle ya ni la mas mínima pregunta.

Sin embargo, Leopoldo estaba decidido á hablar, y prosiguió en estos términos.

—Si supiese Vd. la historia de esa jóven, la admiraría como yo la admiro! Es hija de un herrero de mi pueblo: un herrero honrado, inteligente y laborioso, que la dió muy buena educacion, lo mismo que á su hermano. Pero Carlos era un muchacho holgazán, díscolo, presuntuoso, con la mente llena de locas ideas, de grandeza y de esplendor, y sin fuerzas para llegar á la realizacion de sus sueños por medio del estudio ó del trabajo. Sordo á los prudentes consejos de su padre, no quiso abrazar su modesto oficio, ni tuvo constancia para seguir una carrera. Empezó mas de diez, cansándose de cada una á los quince dias, y cumplió veinte y cinco años sin tener mas esperanzas para el porvenir que el pequeño capital que su padre habia acumulado, merced á su trabajo.

Carlos no se preocupaba por esto; con tal de que pudiese presentarse con alguna decencia en los bailes, y fumar sentado al sol, un puro tras otro puro, estaba satisfecho.

Cuando sus amigos le hacian alguna observacion contestaba riendo:

—Soy bien parecido: mañana me casaré con alguna muchacha rica, y nada tendré que temer del porvenir.

Su padre no pensaba del mismo modo, y no sabiendo ya qué hacerse con él, logró que le empleasen en el Ayuntamiento con un modesto sueldo.

Para Carlos no habia cosa mas penosa que el estar sujeto, y veinte veces hubiera hecho dimision de su destino, á no haberle contenido las amenazas de su padre.

Por desgracia, éste bajó á la tumba, dejando á sus dos hijos sin amparo.

Habia acumulado, como he dicho, un pequeño capital, que debia repartirse en partes iguales, entre Rita y Carlos.

Cuando éste se halló en posesion de la suya se consideró mas rico que Crespo, y no dudó en dirigirse una por una á todas las jóvenes principales del lugar, pero las jóvenes sabian á qué atenerse y le desdénaron.

Entonces una idea luminosa se ofreció á su mente.

—En Madrid hay muchas mujeres, pensó, y muy ricas, y muy bellas!...

Dejó su modesto empleo, realizó sus bienes, y se

instaló en la diligencia que debia conducirle como conquistador á la metrópoli de España. A los tres dias tomaba, en su sentir, posesion de la corte, esperando realizar el llegué, ví y vencí de César; pero se pasaron una tras otra las semanas, unos tras otros los meses sin conseguir su objeto. Entretanto se entregaba á toda clase de locuras. El dinero se gasta pronto. Cuando hubo cambiado el último peso de su padre, cuando volvió en torno los ojos y se halló cercado de acreedores, no sabiendo ya qué partido tomar, entró en una casa de juego. Entró una vez y entró ciento. Al principio le sonrió la fortuna y pudo seguir ostentando su tren de gran señor; pero despues le volvió la espalda, y se halló sumido en la miseria.... En este estado, quién sabe cuanto hubiera descendido por la rápida pendiente de los vicios, sin su buena, sin su santa hermana!...

Rita lo supo todo: Rita, que sabe vivir y vive de su trabajo, realizó á su vez los bienes que deben servirle de dote, y vino en busca del hijo pródigo, ofreciéndole amparo entre sus brazos!...

Ha pagado todas sus deudas con generoso desprendimiento, le ha suplicado de rodillas que renuncie á sus locas ideas de grandezas imposibles, que busque en el trabajo un modesto bienestar....

Su generosidad, su dulzura, sus lágrimas, han vencido por fin á Carlos, obligándole á renunciar á ciertos proyectos, segun él, de un éxito seguro, y parte mañana....

Leopoldo se detuvo y me tendió la mano: estaba tan trémula que no acertaba á sostenerme....

No tengo palabras para esplicarte cuánto sufrí durante este relato!

Hubiera deseado estar sola, hubiera deseado llorar!...

Mi tio vino en mi auxilio sin saberlo.

—Fortuna sin trabajo, fortuna sin honor! exclamó. Este es un adagio antiguo, pero cierto. Vamos ahora adentro, tengo frio!...

Y echó á andar delante de nosotros.

Leopoldo me dió la mano para subir los tres ó cuatro escalones que conducen á la casa. Mi mano estaba helada.

Entonces fijó en mí una mirada llena de dulzura y de bondad.

—Es cierto lo que acaba Vd. de contar? le pregunté en voz baja.

—Se lo juro á Vd. por cuanto hay de mas sagrado en este mundo! exclamó con tono solemne.

En efecto, aquella noche recibí una carta de Carlos en que me anunciaba su partida, y su esperanza de volver; carta que quedó sin respuesta. Al dia siguiente ví desocupada su casa.

¡Ay, Adela, desde entonces el desaliento y la tristeza se han apoderado de mi alma, y cuanto veo y cuanto toco está cubierto con un negro velo;

desde entonces para mí no tiene el sol fulgores, ni la música acordes deliciosos. Vivo sin vivir: todo me es indiferente, todo me causa tedio. ¡Oh, quién me diera volver á aquellos felices tiempos en que veíamos el porvenir al través de doradas ilusiones, en que no conocíamos mas que de nombre el tétrico y helado desengaño!...

ANGELA GRASSI.

SUSPIROS.

Como chispas de fuego
Van mis suspiros
A perderse en las nubes
Del infinito.

Suspiros negros
Que lloran por los vagos
Placeres muertos.

Cuando clavo mis ojos
En las esferas,
Miro en los horizontes
Mares de pena.

Mis alegrías
Vivieron lo que viven
Flores y brisas.

Todas las noches lloro
Con amargura,
Del fondo de mi alma
Sobre la tumba.

Y en vano busco,
Una flor á los bordes
De ese sepulcro.

En la tumba del alma
La vida muere;
Ilusiones perdidas
En ella duermen.

No busqueis flores,
En almas donde han muerto
Las ilusiones.

Las ilusiones nacen
Como las nubes,
En los roncós é hirvientes
Mares azules.

Las ilusiones
Como las nubes mueren
Sin saber dónde.

Ilusiones de fuego,
Mundos de rosa,
Enamoradas ninfas,
Blancas palomas:
Génios de oro,
Por qué de nuestras almas
Os vais tan pronto.

¡Cuán bella era la virgen
Que en su delirio,
Me encerraba en los mundos
De su cariño!

¡Qué hermosa era
La niña que me amaba
Con su inocencia!

Negros eran sus ojos
Como el tormento,
Y en ellos me miraba
Siendo tan negros.

Tan negros eran,
Que á la niña dejaron
El alma negra.

Con sonrisas del alma
Mintió aquel ángel;
Sus juramentos fueron
Espuma y aire.

Mis ilusiones
Murieron con la virgen
De mis amores.

ANTONIO FERNANDEZ GRILO.

JUEGOS DE NIÑOS.

EL ARO.

El círculo que se usó para este juego en sus principios seria naturalmente el aro de un barril viejo; despues ha llegado á ser un objeto de lujo, hecho de madera á propósito y pintado de diferentes colores. El aro se adornó mas tarde con cascabelitos, á los cuales el movimiento hace sonar, y por último los aros se componen de tres ó cuatro círculos concéntricos clavados unos sobre otros, que son los mas sólidos y acabados, pues pueden correr una considerable distancia sin desviarse.

Aunque este juego es propio de ambos sexos, es mas á propósito para niñas, y pueden lucir en él su esbeltez y ligereza.

El modo de jugar al aro puede sufrir varias mo-

dificaciones : un niño con un aro se contenta con hacerle rodar, sacudiéndole con un baston corto , pero si tiene compañeros, cada uno toma el suyo y juegan á quién llegará antes á un término propuesto , ó hará andar mas tiempo á su aro.

Cuando no hay mas que un aro y muchos jugadores, empieza uno de los niños por hacerle rodar hasta que por su poca destreza le deja caer, sucediéndole otro , y así sucesivamente.

El modo mas agradable de jugar al aro es el llamado de la *guerra*. Una gran reunion de niños se divide en dos bandos, y cada uno se presenta con su aro y palo correspondiente. Ambas tropas se colocan frente á frente, dejando entre cada jugador un espacio para que pueda pasar con comodidad una persona. Dadas estas disposiciones cada jugador despide su aro, procurando dirigirle por medio del claro que queda entre los jugadores, sin que tropiece en ninguno de ellos.

Este juego es muy vistoso si la destreza es igual y se cruzan á la vez los aros : cuando todos los niños han mudado de sitio , los últimos dan media vuelta y vuelven á cruzarse.

Es mas comun el hacer rodar que saltar el aro; pero si se quiere esto último , se le coge por debajo , se le agita por algunos momentos , y despues se le tira perpendicularmente al aire, en donde oscila por bastante tiempo; despues se procura impedir que caiga á tierra, volviéndole á coger con la mano.

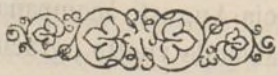
Cuando son muchos los jugadores , se puede jugar á quién hará saltar el aro á mayor altura , le mantendrá mas tiempo en el aire , ó le cogerá mas número de veces.

Tambien se suele tirar un aro contra otro , habiéndolos señalado antes para distinguirlos.

Se puede jugar igualmente á la carrera tendida, ó haciéndole describir un círculo.

Como figura geométrica el aro es un verdadero círculo.

P.



CLEMENCIA.

Continuacion.

—Pues bien , sí , exclamó el jóven en tono confidencial ; quede esto entre nosotros , pero he perdido mucho , mucho.

—No importa , continuó su madre con acento menos severo, lo hecho , hecho está ; yo he tenido la culpa , que he confiado en tí mas de lo que debia! Pero ya comprendes que no podemos dejar que tu hermana escriba esa carta : si Julio la ama , verá en ella una confesion de que abusará un dia , porque hoy, menos que nunca, podemos pensar en semejante matrimonio. Nunca, esa carta no llegará á sus ma-

nos, y aunque perdamos cuanto tenemos, es fuerza que me traigas dipero , que me devuelvas parte de lo que te he confiado.

—Imposible !

—Advierte que no te pido mas que la parte de tu hermana, continuó la madre con estraviado ademan, la que le corresponde de su padre, la que ha ganado por sí misma! La mia te la abandono , tírala si quieres; pero la fortuna de tu

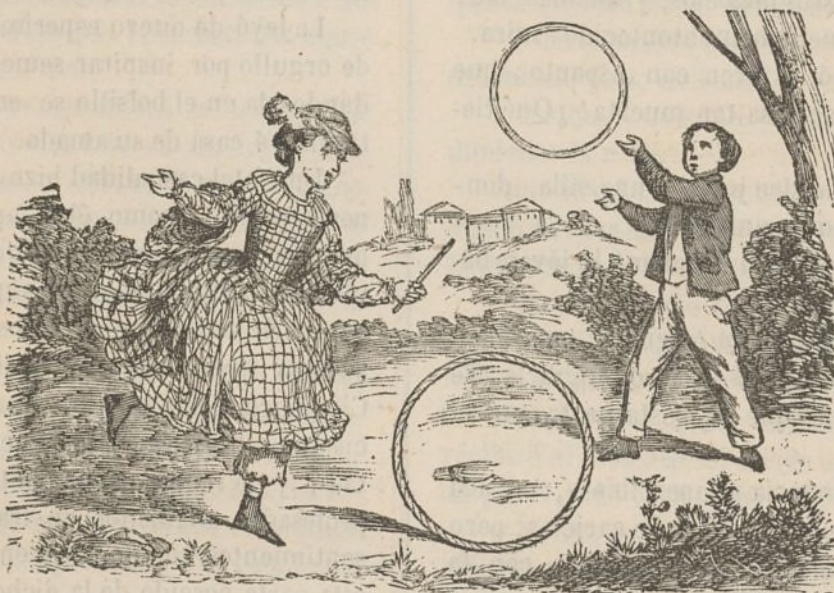
hermana que te he entregado sin prevenírselo , sin consultarla... ¡ Oh , esto es horroroso! tu padre desde el cielo no me lo perdonará jamás ! Augusto , si mañana , ¿ lo oyes bien ? si mañana no me traes el dinero que te he pedido , no pienses en volverme á ver.

—Bien , bien , te lo traeré.

—Gracias, hijo mio , vuelves la paz á mi alma; voy á decir á tu hermana que deje de escribir, exclamó la madre dando un paso para salir.

—Pero insensata! exclamó Augusto conteniéndola con violencia, no comprendes entonces lo que pasa ? no adivinas que lejos de poder darte la fortuna de mi hermana tengo deudas, deudas que no podré pagar? Si Julio no accede á mis deseos, si no encuentro antes de ocho dias los seis mil francos, estoy deshonrado sin remedio. Pero yo espero que la carta de Clemencia nos dará lo que buscamos.

Hubiera podido continuar largo rato, porque su madre, lejos de interrumpirle, le miraba con estupidez, y si el jóven hubiera fijado la vista en su sem-



El Aro.

blante se habría aterrado; pero éste con su frivolidad natural continuó:

—Cuánto tarda! si acaso vacila... no crees que yo debo ir, y de este modo me mostrará su carta?

Dió algunos pasos, sin obtener contestacion de su madre, lo que le hizo murmurar con impaciencia:

—No me oyes?

Y como tampoco obtuviese contestacion.

—¿Estás tonta? murmuró volviéndose á ella.

Y al fijar la vista en su semblante retrocedió aterrado, porque su madre le miraba con ojos estúpidos, y le sonreía de una manera desconocida para él; para él que había merecido siempre todas sus sonrisas.

—Aquí está la carta, exclamó en este instante Clemencia; pero antes de cerrarla voy á leérsela á mamá.

—Es inútil, exclamó Augusto apoderándose del papel; no entiende de estos negocios, y además tantas emociones parece que la han entontecido: mira.

—Qué veo! exclamó la jóven con espanto; que miradas tan fijas! qué sonrisa tan muerta! ¿Qué tienes, mamá?

La jóven llevó á su madre junto á una silla, donde aquella se sentó maquinalmente.

—¡Madre mia, madre mia! exclamó la jóven bañada en lágrimas.

—Eso no es nada, murmuró Augusto; una emocion demasiado violenta... será preciso sangrarla. Te enviaré el médico de paso que dejo esta carta en el correo.

Y salió sin que Clemencia se apercibiese, ocupada en prodigar á su madre todo género de caricias, pero en vano; Mad. Ogé permanecía insensible, con la vista fija. Cuando llegó el médico, la jóven murmuró entre sollozos.

—Ah! señor, ved á mi madre: hace una hora que está así; hace una hora que en vano trato de arrancarla una palabra!

Y explicó al doctor que habían perdido parte de su fortuna, aunque sin citar á su hermano, y que esta impresion la había herido vivamente; el doctor examinó á la enferma y declaró que no había peligro, y sin ordenar nada, sino que la acostasen, prometió volver al día siguiente. La jóven, sola otra vez, encontró fuerzas en su cariño para trasladar á su madre al lecho, y en breve Mad. Ogé dormía pacíficamente mientras su hija velaba con inquietud su sueño, rogando á Dios les evitase una nueva desgracia.

Hacia ya un rato que el sol había ahuyentado las sombras de la noche, cuando Clemencia aguardaba junto al lecho de su madre que ésta se despertase; por fin abrió los ojos, y al reconocer á su hija, al recibir sus caricias apasionadas, la miró con esa sonrisa estúpida, mas triste cien veces que las lágrimas, única que desde entonces volvería á entreabrir los labios de Mad. Ogé.

XIV.

La leccion interrumpida.

La carta de Clemencia no llegó en el momento mas favorable para ser atendida, porque á la sazón Julio estaba orgulloso de haber conseguido un triunfo de amor, obtenido á fuerza de sacrificios. Sin embargo, aunque la imagen de Clemencia estuviera casi borrada en su alma, ante sus frases dulces y cariñosas se conmovió, por mas que en aquel papel solo se recurria á su amistad.

—¡Seis mil francos! exclamó despues de un rato de meditacion, seis mil francos no se ganan en un día! Clemencia no se explica bien, sin duda son para Augusto, que arrastrado por sus locuras... sí, no me engaño, la letra del sobre es suya.

La leyó de nuevo experimentando un sentimiento de orgullo por inspirar semejante confianza, y guardándosela en el bolsillo se encaminó como de costumbre á casa de su amada.

Una fatal casualidad hizo caer de su bolsillo algunos papeles, y como él se apresurase á recoger lo primero la carta, su prometida insistió en verla, oponiéndose Julio á todas las súplicas y á todas las amenazas. Se separaron enojados, y Julio, de vuelta en su casa, trazó con toda su alma una respuesta que Clemencia debía guardar eternamente. En ella le decía que estaba orgulloso de semejante prueba de amistad, y le recordaba el afecto que siempre le había profesado, añadiendo en frases embozadas que hay sentimientos que no mueren nunca. El jóven cerró esta carta poseído de la dichosa emocion que produjo en su alma el recuerdo de sus primeros amores.

Clemencia en medio de su desgracia bendecía á Dios por aquel socorro debido á mano tan querida, y entregó á su hermano la suma apetecida, guardando para sí la carta como un precioso talisman.

El estado de Mad. Ogé era el mismo que el día en que la dejamos: continuaba con su dulzura estúpida, con sus palabras incoherentes y su sonrisa infantil. Clemencia se consagró como nunca á su cuidado, y como sus quehaceres la obligaban á dejar su casa muchas horas del día, la asistenta que hasta entonces habían tenido solo unas cuantas horas, fué preciso ajustarla para todo el día. ¡Con cuánto cariño volvía Clemencia al lado de su madre, con cuánto cariño le daba el alimento con su propia mano, y qué interesante espectáculo era el que ofrecía aquella hermosa jóven, sacrificando su juventud y su belleza á aquella madre idiota, de quien era madre á su vez!

Con frecuencia Augusto acompañaba á su hermana á la mesa, habiendo vuelto, gracias á los influjos de la Condesa, á ocupar su puesto en la casa de comercio, lo que para otro hubiera sido el faro que le

guiase al puerto de salvacion; pero Augusto no sabia agradecer nada, ni á Dios ni á los hombres. Continuó, pues, prohibiendo á Clemencia que le diese consejos ni le reconviniere, desatándose en improperios si la jóven le acusaba como origen de las desgracias de la familia.

El lujo de los otros le consideraba como un insulto á él; la vista de los placeres le era insoportable; y cierto dia en que su hermana le preguntó sino le era mas insoportable aun el espectáculo que tenia ante sus ojos, se volvió furioso contra ella, añadiendo que no era responsable del estado en que se hallaba su madre, la que por otra parte siempre habia dado pruebas de imbecilidad. ¡Fatal castigo para una madre débil, ver que su exceso de cariño era calificado de imbecilidad por su propio hijo! Mad. Ogé debia, en efecto, á Augusto la pérdida de su fortuna y de su razon; pero en cambio el jóven debia á su madre el orgullo desmedido que le arrastraria eternamente por la senda del mal.

Por estos detalles se comprenderá la triste vida de Clemencia haciendo frente con su dulzura, con su abnegacion, á una madre idiota, á un hermano desenfrenado y á las necesidades de una casa. Solo el afecto de sus discípulas le hacia mas llevadera su existencia, olvidándose de sus penas cuando ellas le revelaban sus alegrías.

Habia una sobre todo, llamada Elisa, hija de un rico abogado, niña hermosa y de interesante travesura, que consideraba á Clemencia mas que como profesora, como amiga y confidenta, á quien referia todos sus secretos, y con quien consultaba cualquier enlace que sus padres le proponian, y que casi nunca merecia su aprobacion.

—Tengo tiempo de esperar, y no me casaré mas que á mi gusto, solia decir. Ya veis, querida Clemencia, yo no pretendo que me casen con un Apolo, pero si quiera que sea un jóven agradable. Mamá quisiera casarme con un provinciano á fin de establecer á mi hermana en París, á la cual ama con delirio; pero yo no me casaré sino con aquel provinciano que á los pocos meses pueda trasladar nuestra residencia á París.

Clemencia se reia de semejantes planes, hasta que un dia que fué, como de costumbre, á dar su leccion, le dijo la jóven discípula á media voz, pero en tono muy alegre:

—Gran noticia! Papá me ha propuesto ayer un excelente partido: un jóven provinciano que vendrá á las tres, dentro de un rato, á hablar con papá, y para que yo le conozca le introducirán en esta sala, mientras pasan recado á papá. Miradle vos, querida Clemencia, y me dareis vuestra opinion, porque apenas tendremos cinco minutos para examinarle.

Clemencia ofreció con jovialidad cumplir los deseos de la niña, añadiendo:

—Pero no por eso hemos de perder la leccion de hoy: vamos á ver cómo cantamos este duo.

—Oh! no lo haré muy bien; se acerca el instante de que llegue, y tengo tal emocion! No sé por qué me interesa este enlace.

Apenas habrian dicho las primeras frases del duo, la puerta se abrió y un jóven penetró en la estancia precedido de un criado que le mandó aguardar. El jóven se aproximó al piano, rogando á Elisa le dispensase haber interrumpido su leccion, aunque desde luego lo juzgó casualidad prevista: Elisa bajó los ojos ruborizada, y su propia turbacion le impidió advertir la que demostraba su maestra.

—Qué veo! vos aquí! exclamó el jóven fijándose en Clemencia.

—Cómo! conoceis á mi profesora, caballero? exclamó Elisa acogiendo con gusto aquellas palabras que la sacaban de su embarazosa posicion.

—Ciertamente, añadió Julio, pues él era, somos del mismo país, casi nos hemos criado juntos...

—Entonces sois muy amigos? exclamó con aturdimiento la niña.

Julio al ver la turbacion de Clemencia, no se creia dueño de dominar la suya, y murmuró con afectada indiferencia:

—Siento mucho haber llegado en tan mala ocasion; vuestro señor padre está sin duda ocupado, y tendré el gusto de verle mañana.

—De ningun modo, exclamó vivamente Elisa. Os recibirá al instante. El criado apareció, y Julio, guiado por él, pasó al despacho del abogado.

—No me parece mal, murmuró Elisa, así que se vió sola con su maestra: sin ser bonitas sus facciones, es simpático, y sus maneras son naturales. Sospecho que éste será el último pretendiente que me propongan. Pero qué teneis? exclamó alarmada al ver á Clemencia. Os poneis mala?

—Sí, respondió la pobre maestra, he sentido de repente un malestar que me impide daros hoy la leccion.

Y dió algunos pasos hácia la puerta teniendo que apoyarse en un sillón para no caer.

—No podeis partir así, exclamó su discípula corriendo á ella. Estais trémula, se cierran vuestros ojos... aguardad un instante.

—Gracias, señorita, murmuró secamente la jóven, y reuniendo sus desfallecidas fuerzas, bajó rápidamente la escalera, y una vez en la calle respiró con libertad.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.



Cuentos Infantiles.

EL SOL.

Laura era una niña que habitaba con su mamá en una pobre buhardilla. La muerte de su esposo había dejado á la madre sin otra fortuna que la de tener una hija dócil, buena y laboriosa, como ella misma; pero hemos dicho mal, la viuda poseía otra fortuna, la de haber sido cristiana y provechosamente aleccionada por sus padres; gracias á esto, pudo hacer frente á la desgracia, soportándola con valerosa resignación, y trabajando para que ni á ella ni á su hija las faltara el pan de cada día.

Mas como no solo de pan viven las criaturas racionales, al paso que la enseñaba los medios de ganar su vida honradamente, alimentaba su espíritu con religiosas y agradables instrucciones.

La madre y la hija se amaban entrañablemente, y lejos del trato y las distracciones del mundo, vivían la una para la otra, y ayudándose recíprocamente á soportar el peso de una vida llena de privaciones y afanes.

El amor á lo bello no está reñido con la pobreza. Laura y su madre tenían muy buen gusto, y por consiguiente gustaban mucho de las flores. Como no tenían jardín, fuéles preciso contentarse con sembrar algunos granos en un cajón lleno de tierra; colocaron éste junto á la ventana, por la cual todas las mañanitas entraba el sol á visitarlas.

No tardaron en asomar los tallos á flor de tierra, y estos fueron saludados con mucho placer por las jardineras, que atentas á regarlos y enderezar los flexibles tallos con unos hilos y unas cañas que habían colocado en torno de la ventana, vieron que de día en día prosperaban y cubríanse de hojitas en forma de corazón. ¡Daba gusto ver aquel marco de verdura!

Trás las hojas aparecieron unos botoncitos que parecían esmeraldas, y como el sol los acariciaba y el aura les hacía mil fiestas, los tales botoncitos cada día se iban poniendo mas huecos y mas lozanos.

Una mañana Laura, que madrugaba mucho, abrió el postigo y lanzó un grito de admiración, que atrajo inmediatamente á su mamá; las dos se quedaron como embelesadas al ver la multitud de campanillas que adornaban el marco de la ventana; las había de todos colores, blancas, amarillas, encarnadas, azules, moradas y jaspeaditas. ¡Era mucho lujo aquel! qué tejidos tan primorosos, tan suaves y aterciopelados! ¡Qué riqueza y variedad de matices! daba gozo mirarlas.

¡Es el gozo una cosa tan buena! y mas para el

pobre que le siente pocas veces! Aquellas inocentes criaturas, espresaban el suyo exclamando á duo: Ah!... Oh!... Mira esta qué bonita! pues y esta otra? y aquella? y la de mas allá? y no sabían á cuál preferir, porque todas eran á cual mas lindas, á cual mas rozagantes.

Aquel día pasó muy feliz para entrambas obreras, sentáronse á coser al pié de la ventana; la enredadera servíales de cortina, el cefirillo jugueteo acariciaba las flores, y estas parecían inclinarse á saludarlas; mas de una vez la niña, sin darse cuenta de lo que hacía, devolvíalas el saludo. La madre la miraba y sonreía, feliz con su inocencia y alegría.

Entretanto el sol proseguía su carrera; llegó al ocaso, y desapareció entre nubes de grana y oro; las flores replegaron sus cálices, inclinándolos tristemente hácia la tierra; viólo la niña, y suspiró diciendo: —¡Pobres campanillas! van á morir! ¡Qué pronto mueren las flores! ¡Y son tan hermosas!!

—Toda hermosura es fugaz, toda dicha es breve, menos la del alma, dijo la madre con voz suave y melancólica: la del alma piadosa y adornada de virtudes es imperecedera, como Dios, que la formó á su imagen y semejanza.

Sin embargo, esas flores no van á morir todavía, el sol ha ido á dar vida y calor á otras plantas, y esta duerme ahora; mañana volverá el sol á despertarla, y verás como las flores reviven, como nacen otras no menos bellas.

Y así sucedió: á la mañana siguiente las campanillas se habían duplicado, mecíanse galanamente, y la niña exclamaba: —¡Bendita sea la luz del sol!

—Bendice á Dios, hija mia, dijo la mamá besándola. El sol es su imagen visible, en ciertas horas parece abandonarnos; pero no es así, porque siempre vuelve: nunca, nunca, nos abandona, y tan fijo como el sol ha de venir despues de las tinieblas y el crepúsculo, es que vendrá el Señor á darnos la recompensa despues de los trabajos.

Trabajemos, hijita, trabajemos, suframos con paciencia, esperemos en Dios, como las flores esperan en el sol; de todas nuestras esperanzas, esa es la mas segura. Esa no quedará burlada, las promesas del mundo pueden engañarnos, las de Dios son eternas é infalibles.

(Arreglo.)

MICAELA DE SILVA.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO. 14.